

ver con el triunfo de la nueva economía capitalista, el *posfordismo*, con la anteposición del consumo hedonista al heroísmo de las grandes causas; la comunicación, la eficacia y el rendimiento, en perjuicio de las relativas al valor intrínseco de los conocimientos y las nuevas tecnologías, legitimación última de la sociedad posindustrial, cuando en realidad lo que han hecho hasta ahora (además de volver locos a los diseñadores de medios interpretativos no personales) es ensanchar las desigualdades entre los pueblos. Hicieron de la ciencia y la tecnología el motor del cambio social, y de la *information management* algo así como aplicar las técnicas de dirección de empresa a la educación. Así nos va. Y a todo esto se opusieron los frívolos posmodernos.

Y para finalizar, lo mejor que nos deja la condición posmoderna. Su aporte a la Historia que, más que llegar a su fin como nos dice Fukuyama, se ha hecho añicos. Permítame un cuentito al estilo intérprete del patrimonio:

Vanidad, tan femenina ella, se miraba extasiada frente a su espejo de mano. Un temblor de su pulso, generado quizá por una excesiva arrogancia, hizo que el espejo cayera al suelo y se partiera en mil fragmentos. Cada uno de ellos reflejaba esquirlas de su rostro y de la realidad que habitaba a su lado. Sorprendida contempló miles de nuevas diminutas visiones de un mundo hecho pedazos pero engañoso y fascinante. El todo ya no lo era, la realidad había estallado, los ángulos de reflexión infinitos.

Vanidad alucinaba ante una diversidad que multiplicaba su existencia, aún fragmentada, en miles. Pensó que la historia se había detenido. Frente a ella eran ahora miles de pequeñas historias las que conformaban la nueva realidad. Sintió vértigo de pensar en que ya no era una Vanidad, sino muchas formas de Vanidad. No tendría que pensar ya en su mundo ideal, ahora había muchos mundos por explorar que podían contener, cada uno de ellos, el recuerdo de la Utopía, del destino genial.

Lo que se manifestaba ante si no era solo la fragmentación de una Vanidad, sino un verdadero espectáculo de Vanidades. La Verdad yacía hecha añicos frente a sí misma, suplantada por la incertidumbre de la diversidad. La objetividad que brindaba su único espejo dejaba paso ahora a la subjetividad de cada objeto reobservado.

La razón liberadora, que asistía a Vanidad frente a su espejo unitario, fue suplantada por los dulces fantasmas que arrojan nuevas luces sobre los

misterios liberados con la ruptura de esa razón.

Vanidad concluyó que esa fuerza liberadora de su antigua razón escondía cierto autoritarismo que se siente al creer poseer la verdad. ¿Cuál era ahora la verdad frente a esa multiplicidad de imágenes y sensaciones?

Vanidad creyó subir al cielo pensando que había descubierto algo trascendente. Recordó aquella historia de la multiplicidad de yoes que habitaban en ella y pensó que, por fin, había ingresado en una nueva era. Vanidad comprendió que estaba frente a una Crisis, pero no de existencias, sino de esencias. No dio crédito a su pasado, pero necesitaba pensar en el tiempo, creía que esto podía ser la clave de esta supuesta nueva era.

Porque el paso del tiempo relega al olvido, poco a poco, aquello que no está presente, y en el límite, el olvido se confunde con la muerte. Pensó que había muerto la Modernidad, así llamaba a su espejo. Pero podría suceder que se prefiera considerar muerto aquello que pesa demasiado sobre nuestras cabezas. A Vanidad le pesaba la Modernidad, y en un inconsciente acto defensivo la rompió en mil pedazos y comenzó a repensar su mundo a partir de los fragmentos. Todavía está en ello. (Sí, soy el autor aunque no se lo crea).

Es la ruptura de los grandes relatos históricos lo más importante, lo que hoy nos permite interpretar a partir de historias locales, de sitios, de mujeres, de negros, de gays y lesbianas, de la vida cotidiana, de los indios que siempre perdían en las películas yanquis, de esos indígenas australianos que, como los sudamericanos, nunca figuraron en la Historia que escribió, por ejemplo, el profesor británico Nikolaus Pevsner.

Es un gusto haberle conocido, maestro, doy gracias a los Editores por haberlo presentado a todos nosotros; tenemos muchísimo que aprender de usted, y no me tilde de posmoderno, por favor, soy un pobre hombre nostálgico del Río de la Plata que vive en Andalucía.

Un abrazo,

Marcelo Martín

Notas:

1 y 2. José Luis Pinillos, *El Corazón del Laberinto*, Editorial Espasa Calpe, Madrid, 1997.

OPINIÓN

Galicia: un territorio con mucho por hacer

Julia González Andrade
Santiago de Compostela
tit_15@hotmail.com

Alguien dijo alguna vez que las cosas importantes de la vida suceden por casualidad. Fue así como llegué al mundo de la Interpretación del Patrimonio.

Era una lluviosa tarde de otoño y yo asistía a una práctica de una de las asignaturas de la carrera en la que se mostraba un proyecto de puesta en valor de un barrio emblemático de una ciudad gallega. Desde el inicio de la exposición me entusiasmaron las propuestas que se planteaban, los objetivos que se perseguían y, sobre todo, el convencimiento del orador acerca de que es posible otra forma de conocer, proteger y divulgar el patrimonio.

Copiando el ejemplo del que se hablaba empezó a nacer en mi cabeza la idea de que se podría hacer algo muy similar en una zona con un gran valor natural y patrimonial, pero prácticamente desconocida: la Ribeira Sacra Ourensana. Así, pues, me acerqué al profesor, le comenté mi idea y de ahí surgió un primer trabajo que sirve de base a lo que será mi Tesis de Licenciatura en Historia del Arte.

Durante la realización del mismo, tuve que analizar varios "Centros de Interpretación" de los muchos que en los últimos años han surgido en Galicia, y gracias a ello pude comprobar que la interpretación, tanto como disciplina como medio de potenciar el patrimonio, es totalmente desconocida en este pequeño rincón de la Península Ibérica.

Quienes conocemos algo de interpretación sabemos que es una disciplina que, como tal, tiene unos métodos propios y unos objetivos concretos, pero eso parecen no saberlo los encargados de la mayoría de los mal llamados "centros de interpretación".

Estoy totalmente de acuerdo con los que defienden que esta denominación

es absurda, en tanto en cuanto no dice nada a los visitantes ya que la mayoría no ha oído hablar nunca de la *interpretación del patrimonio*. Lo que me parece más paradójico es que los propios trabajadores de estos locales no conozcan nada a cerca de la disciplina en la que trabajan. Claro que esto es lógico si se tiene en cuenta que estos trabajadores proceden de campos muy alejados de la comunicación del patrimonio; se trata de guías turísticos que explican perfectamente lo que el visitante observa pero que no interpretan, o de agentes forestales que se encargan de la vigilancia del lugar, por poner algún ejemplo.

La consecuencia final de todo ello es un desencantamiento general del visitante, que, en la mayoría de los casos, termina con la sensación de no haber aprendido nada nuevo a cerca del lugar que visita.

Como se sabe, un visitante insatisfecho no regresa, y si no regresa, el centro deja de ser rentable. Ello conduce al cierre de estos espacios y, finalmente, al abandono de la zona que se pretendía proteger y conservar, lo cual ha llevado a ciertos sectores de la política y de la opinión pública a preguntarse si este tipo de locales son necesarios.

Personalmente no creo que ésta sea la cuestión.

Obviamente, algo falla en el sistema de gestión de estos centros. Todos ellos dependen única y exclusivamente de la Xunta de Galicia, y éste es el primer error. Es necesario implicar al sector privado en la gestión de estos espacios, por lo tanto, habrá que crear iniciativas que premien las inversiones en dichos centros como también será necesario dotarlos de una política de reaprovechamiento de beneficios, de forma que las cargas económicas sean menores y se repartan de una forma más equitativa.

Por último, pero no por ello menos importante, habrá que dotarlos de personal cualificado, pero éste es otro problema añadido ya que el sistema universitario de Galicia no contempla ninguna posibilidad de formarse en interpretación del patrimonio.

En una comunidad en la que la clase política presume de que uno de sus principales objetivos es dar empleo a los jóvenes universitarios, alguien debería plantearse que, para ello, el sistema educativo ha de cambiar radicalmente orientándose más hacia la formación profesional, pero también estando atento a las nuevas oportunidades de formación y a las demandas de la sociedad y, sobre todo, de un sector: el

turístico, que es una de las principales fuentes de ingresos. Carreras universitarias como Historia del Arte o Biología en su sección de Medio Ambiente, por citar algunas, deberían contar en sus programas con itinerarios curriculares orientados a la interpretación del patrimonio.

Galicia es una Comunidad Autónoma privilegiada en cuanto a riqueza patrimonial, tanto natural como cultural; baste con citar lugares como la propia Ribeira Sacra, la “Serra dos Ancares” o la “Serra do Xurés”, en los que la riqueza ambiental y biológica es tan esencial como desconocida.

Lo que pretendo con esto es dar un toque de atención a las autoridades competentes para que de una vez por todas empiecen a preocuparse en serio por nuestro patrimonio que, siendo tan rico, se encuentra en la mayoría de los casos tan olvidado.

Queda aún mucho por hacer y será tarea de todos empezar a reflexionar si queremos que éste sea el principio o el final.

CARTA DEL PRESIDENTE DE LA AIP

Alberto Jiménez Luquín
Presidente de la AIP

Estamos empezando a preparar los Quintos Encuentros de la AIP y, con ellos, la revisión de los trabajos desarrollados y la reorientación de las líneas generales a seguir. Todo ello con el ánimo de continuar difundiendo a la interpretación como un instrumento que puede y debe contribuir a la conservación de los valores ambientales e históricos, al fomento del desarrollo social y cultural de los habitantes de una zona de interés patrimonial, y a la mejora o mantenimiento del bienestar económico local. Es decir, renovamos el deseo de seguir trabajando para que la interpretación contribuya con su grano de arena a la “sostenibilidad” de una zona.

Y es que la interpretación, como disciplina, arte, técnica o instrumento, debe ser en sí misma sostenible. Debe contemplar esos tres criterios o dimensiones en todos sus planteamientos:

Dimensión ambiental: La interpretación debe conseguir que los visitantes valoren el

recurso para que manifiesten actitudes favorables a su conservación. Claro está que para conseguir esto los programas interpretativos deben estar bien estructurados y justificados por una planificación o marco teórico que permita desarrollar la actividad con garantías de éxito: tanto en el disfrute del visitante como en el no deterioro del recurso. Esto es difícil de conseguir, pues quizás hoy en día haya un déficit generalizado de planificación, por lo que hay veces en los que la puesta en valor de un recurso puede suponer su deterioro paulatino.

Dimensión social: El patrimonio es una obra colectiva producida por el conjunto de la sociedad. Constituye un documento de nuestra memoria y, por tanto, base del desarrollo social. Sin embargo, todavía son numerosos los casos en que el desarrollo social se reduce a la venta de productos típicos de la zona como elementos pintorescos de recuerdo de unas vacaciones, a la compra de folletos de paseos guiados como muestra de haber estado en un sitio concreto o en sistemas de comunicación tecnológicamente espectaculares y sofisticados, pero sin la participación de la sociedad local protagonista de cualquier proyecto de desarrollo. Debe hacerse una gestación, producción, presentación e interpretación del patrimonio que permita al visitante y al propio habitante extraer las claves que le hagan disfrutar del territorio.

Dimensión económica: Aspecto fundamental en la “sociedad del dinero” en la que vivimos algunos privilegiados. *Don dinero* es el factor que generalmente impide el equilibrio entre las tres dimensiones. Distorsiona el desarrollo social, que condiciona al ecológico o ambiental. En este ámbito, las inversiones de dinero público deben estar siempre destinadas a un beneficio público, pero en demasiadas ocasiones esto no sucede. Y no son raros los casos de despilfarro o de avispados promotores de centros de *interpretación* y otros recursos alegremente denominados *interpretativos*.

Sin pretender que la AIP y sus miembros sean “puros” o “únicos” desde el punto de vista de la interpretación, creemos que hay mucho trabajo por hacer para evitar los factores que impiden ese equilibrio entre lo ambiental, lo social y lo económico.

Si alguien ve reflejada su realidad en estos comentarios, la AIP le brinda un espacio en el que trabajar junto a más compañeros y compañeras por la consecución de nuestros objetivos como asociación.